

P. D.

Acabo de recibir tu carta en que me pides que entregue yo misma á tu prima la Sra. Marval, la esquila que me incluyes: si nuestra madre me da licencia, tendré mucho gusto en hacerlo. La dificultad no está en descubrir su habitación, porque la esposa de un oficial superior, debe ser una persona importante aún en Burdeos, sino en que generalmente las grandes señoras se guardan de nosotras, porque siempre nos suponen intenciones hostiles á sus bolsos: con todo, creo poder llegar hasta tu prima; tu esquila me sirve de pasaporte. Pero no te disimularé que encuentro muchas dificultades para lo que deseas. Ante todo, me ha de ser muy difícil á mí, pobre novicia, que nunca puede salir sola á ninguna parte, el ver á tu parienta con bastante frecuencia y franqueza para conquistar su afecto y su confianza. Despues, ¿cómo te figuras que tengo yo tal ascendiente sobre el ánimo de esa jóven mundana, para hacerla renunciar á un género de vida que tanto ama, y al

que es arrastrada por la posición misma de su marido? Sin embargo, puedes estar segura de que haré cuanto pueda para inclinarla á practicar sus deberes religiosos, que dices ha descuidado desde que se casó: quiera Dios allanar los obstáculos de esta empresa difícil; supliquémosle mucho á su Majestad, querida Carolina, que no nos niegue su divino auxilio.

#### CARTA XI.

Burdeos.

Me presenté por fin en casa de tu prima, querida Carolina, y..... ¿pero qué iba yo á hacer? A contarte imprudente el desenlace de mi aventura, ántes de que supieras el principio; á satisfacer tu curiosidad ántes de haberla excitado al grado conveniente; y en fin, destruir todo el efecto de mi historia por mi deseo de hablar.

Recógete pues, y escucha:

Hasta antier fué cuando mi buena madre me

pudo acompañar á casa de la señora tu parienta, cuyo nombre (entre paréntesis), le era tan desconocido como á mí, que jamás te habia oído hablar de ella sino por el de Aurelia, que es el de bautismo: con todo, confiadas en tu promesa, nos pusimos en marcha, muy persuadidas de que íbamos á ser perfectamente recibidas. Para mayor seguridad, llevaba yo tu carta en la mano; y como si todos debieran conocer tu letra, la mostré intrépidamente al portero, quien con cierto aire de asombro nos miró y nos dejó pasar adelante. Yo pensaba que este talisman nos iba á hacer abrir todas las puertas, pero me equivoqué, querida Carolina, nos fué preciso esperar más de veinte minutos en la antesala de la señora generala, y todavía estaríamos en ella, si no hubiera pasado por allí casualmente una pobre criada que, más cortés que los lacayos á quienes nos habíamos dirigido, nos hizo pasar á un salón, donde nos dejó para ir á recibir órdenes de su ama. Otro cuarto de hora trascurrió ántes que volviera; y ya nos iba faltando la paciencia, cuando, gracias á una puerta que se entreabrió con el aire, pudimos percibir el siguiente diálogo, bastante gracioso:

—¿Pues qué les digo?

—Que tengo jaqueca y no puedo recibir á nadie.

—Pero, señora, vd. me dió esta mañana otras órdenes, por eso las hice pasar.

—¡Qué necia eres, Elisa! no entiendes si no se te dicen las cosas por lo claro: á ellas no las quiero recibir; á otras personas sí.

—Pero.... es la madre superiora con....

—Una razon más para que no la vea....

—Con una hermana jóven que quiere entregar á vd. en propia mano una carta.

—Que se la guarde, y me deje en paz....

—Dice que es de parte de una parienta de vd., señora.

—Y todavía? Ya te he dicho que no las recibo.

—Dispense vd., señora.

—Pero, qué no entiendes?... Haz lo que te mando, y ya está.... ó si no....

No nos esperamos más, sino que ya íbamos por la antesala, cuando la pobre Elisa, confusa y avergonzada, nos vino á dar alguna excusa de parte de su ama, que apreciamos en su justo valor. Le entregamos la carta, suplicándole que se la entregara, y nos salimos para la calle.

Iba yo tan mortificada de haberle hecho pasar ese mal rato á nuestra madre, que no me atrevia yo ni á verla, ni á hablar palabra.

Ella interrumpió el silencio, y me dijo sonriendo:

¡Vaya! Sor Teresa, ¿se desalienta vd. por tan poco? ó ¿creía vd. que en todas partes nos habian de recibir tan bien como en casa de la Sra. Leuplan? Si así fuera, ¿qué mérito habria en implorar la generosidad de los ricos en favor de los pobres? Vamos, hija mia, anímese, y no haga caso de esas ligeras humillaciones que no merecen ni que se atiendan á ellas. Además, creame vd., es bueno y útil el sufrir de vez en cuando el desprecio del mundo; es un remedio excelente contra el orgullo, y un medio fácil de alcanzar algunos rasgos de semejanza con nuestro divino Maestro, que se vió hecho un objeto de burla en la corte de Heródes.

Estos piadosos consejos produjeron su fruto, querida Carolina, porque no me volví á acordar de tal aventura; y si ahora me he ocupado de ella, es solo por darte cuenta de todos mis pasos acerca de tu prima, por quien te prometo, que si alguna vez la llego á ver, le he de hacer tantos obsequios, y tratarla con tal amabilidad, que ha de sentir el haberme cerrado su puerta la primera vez; esta es toda la venganza que pienso tomar.

Me es preciso interrumpir: me llaman, preguntan en el recibidor por la Srta. Enriqueta Pilvert. No hay aquí más que el Sr. Cura y tu prima que sepan mi nombre; el Sr. Cura no se permitiria

llamarme sino por Sor Teresa; así, creo que será la «Sra. Marval» que viene á pagarme la visita. ¡Dios quiera que así se al Corro á recibirla.

Bien habia yo adivinado, tu prima era la que me esperaba en el recibidor, donde la hallé dándole mil excusas á nuestra madre por no habernos recibido; lo hacia con tal gracia, que no era posible contestarle que habia sabido muy bien quiénes la buscaban para tener el honor de hablarle.

Apénas me presentó nuestra madre, cuando parándose con viveza, me apretó las manos y me dijo con un tono que me llegó al corazon:

« ¡Ah, señorita.... hermana.... qué dichosa me creo en conocer á la mejor amiga de mi estimada prima Carolina! Le debo muchos favores; pero sin duda seria uno de los mayores, el obtener, por su medio, la amistad de vd., cuyo valor me ha hecho conocer ya.»

En lugar de contestarle como debia, diciéndole con modestia que me honraba demasiado, ¿lo crearás, Carolina? me quedé sin hablar palabra, porque mis ojos me aseguraban que tu amable prima y la elegante señora que tanto me habia chocado en casa de la Sra. Leuplan, era una misma persona.

«Mi silencio pareció desconcertarla un poco; pero lo colorada que se puso de repente, me advirtió por fortuna de la falta que estaba cometiendo, y me apresuré á responderle en términos que hicieron brotar de nuevo la sonrisa en sus labios, y parecer contenta.

«Alargó bastante su visita, me habló mucho de tí, y con tal expresion, que me dispuso mucho en su favor: en una palabra, estuvo no solo amable sino encantadora: por otra parte, tiene una franqueza ya muy rara: nos contó ingenuamente varios de sus disgustos; en una palabra, es verdaderamente un niño malcriado, á quien es muy difícil tratar con severidad; y si algunas veces hace sus cosas, creo que se debe echar la culpa á su cabeza, y no á su corazon, que es bueno y sencillo.

«Decididamente he quedado reconciliada con ella: la querré; haré más, la volveré una buena y fervorosa católica, y entónces estoy segura que merecerá ser citada como modelo acabado de las señoras cristianas.

«¡Qué presuncion la mia! Pobre de mí! yo que soy tan débil y caigo á cada paso, ya me lisonjeo atrevidamente de poder guiar á los demás y hacerlos andar derecho..... Por fortuna á tí es á quien me muestro tal cual soy; en esto se asoma

una vanidad insoportable; ¡qué necedad! ¿hasta cuándo me podré ver libre de ella enteramente?

«En fin, volvamos á tu prima, á quien habia juzgado tan mal ántes, y que ahora me ha hecho su trato quererla tanto.

«De aquí he sacado la firme resolucion de no prevenirme mal contra nadie; se expone uno mucho con juzgar ligeramente á ser injusto; así, yo me habia figurado que la Sra. de Marval no nos habia querido recibir, por no verse obligada á darnos una corta limosna, y al despedirse le entregó á nuestra Madre una cantidad considerable para sus pobres, instándole con la mayor amabilidad, á que ocurriera á ella siempre que necesitase dinero. «Cuando mi bolsa esté bien provista, agregó, dispondrá vd. de ella á su voluntad; cuando esté vacía, recibirá vd. siempre mi buena disposicion, y le quedará el recurso de acudir á la de mi marido, mejor provista que la mia, porque él es mucho más prudente y económico que yo. Me encargó expresamente, hermanas, que les manifestara de su parte, lo mucho que sentia no poder acompañarme para conocer á la amiga de nuestra querida Carolina, y quizá es la primera vez que experimenta pesar al cumplir con su deber, que lo llamaba á otra parte.» Despues de unos momentos de vacilacion, añadió:

¿Y me atreveré á pedirles á vdes. el favor de que vayan á mi casa?.....

Yo espero, hermanas, que por caridad, me proporcionarán la ocasion de reparar una falta..... involuntaria.....

Se puso muy colorada, pero hicimos que no lo advertiamos, y le prometimos satisfacer sus deseos. Ni podiamos hacer otra cosa; es necesario que las hijas de San Vicente de Paul den ejemplo á los del mundo del olvido de las injurias.

Enséñame ahora, querida Carolina, ¿cómo hiciste para que dos palabras tuyas pudieran cambiar tan pronto y tan completamente á tu prima?

Confíame tu secreto, porque me puede ser muy útil, y mi agradecimiento igualará al cariño de quien mucho te quiere.

SOR TERESA.

CARTA XII.

Burdeos.

Hace ya muchos dias que he estado queriendo escribirte, querida Carolina, y lo he ido aplazando de dia en dia, porque deseaba darte buenas noticias de tu prima; tú comprenderás que no hablo de la salud de su cuerpo, sino de la del alma de esa pobre jóven que, como tantas otras, serviria á Dios de buena voluntad, si al mismo tiempo pudiera permanecer esclava del mundo. Con todo, me viene á ver seguido, me oye con gusto cuando le hablo de la necesidad de la salvacion, pero me dice que se le hace muy duro prescindir de los bailes y de los espectáculos, porque me confiesa, que ella en su interior está triste, que tiene necesidad de distracciones, y que privada de los goces de la maternidad, necesita hacerse ruido para no sentir demasiado el vacio de su corazon.